

Sidney Tarrow

## EL PODER EN MOVIMIENTO

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES, LA ACCIÓN COLECTIVA Y LA POLÍTICA

A diferencia de las instituciones políticas o económicas, los movimientos sociales tienen un poder esquivo, pero no por ello menos real. Revoluciones como la francesa y la americana, el movimiento obrero, los movimientos étnicos y religiosos, o sublevaciones como las ocurridas en Europa oriental, han promovido cambios sustanciales en el sistema político y en la sociedad. Sin embargo, sus mecanismos y desarrollo siguen planteando numerosos interrogantes: ¿Qué induce a los ciudadanos corrientes a echarse a la calle en un momento y no en otro? ¿Cuál es el impacto a largo plazo de las acciones colectivas? ¿Cuál es su poder real? Este estudio, ya clásico, examina la historia de los movimientos sociales y propone una teoría de por qué surgen y se debilitan, prestando especial atención a sus efectos sobre las vidas personales, las reformas y las instituciones políticas.

Alianza Editorial

ISBN: 84-205-4191-X



9 783420 641911

323.2

TAR

37473 PRE

antes se peleaban en las calles ahora se solucionan en los medios de comunicación o en los tribunales: bajo estas circunstancias, ¿los movimientos sociales serán absorbidos por la política institucional, como ocurrió con las huelgas y manifestaciones en el siglo XIX? ¿O será el volumen total de las acciones colectivas el que ahogará el rutinario proceso de la participación de grupos de interés o de electores en un mar turbulento de política ingobernable?

No cabe duda de que han existido conflictos que han alterado el orden en la década de los noventa, como siempre ocurre al finalizar las guerras y durante el declive de los imperios. Pero del mismo modo que la campaña electoral y la huelga fueron absorbidas por la política institucional a lo largo del siglo XIX —lo que cambió irrevocablemente su naturaleza—, muchas de las nuevas formas de participación surgidas a partir de los años sesenta están siendo domesticadas a finales del siglo. El futuro próximo dependerá no de lo violenta o generalizada que pueda llegar a ser la acción colectiva, sino de cómo sea incorporada al Estado nacional y de cómo lo transforme.

## CAPÍTULO I

# LA ACCIÓN COLECTIVA Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

La acción colectiva surge en respuesta a los cambios en las oportunidades y restricciones políticas, y sus participantes responden a una variedad de incentivos: materiales e ideológicos, partidistas y grupales, prolongados y episódicos. Las personas que poseen limitados recursos pueden actuar colectivamente, aunque sea de forma esporádica, aprovechando estas oportunidades mediante repertorios de acción conocidos. Cuando estas acciones se basan en redes sociales compactas y estructuras de conexión y utilizan marcos culturales consensuados orientados a la acción, podrán mantener su oposición en conflictos con adversarios poderosos. En esos casos —y sólo en esos casos— estamos en presencia de un movimiento social; cuando la acción colectiva se extiende por una sociedad entera, como a veces ocurre, tenemos un ciclo de acción colectiva; cuando dicho ciclo está organizado alrededor de soberanías opuestas o múltiples, el resultado es una revolución. Las soluciones al problema de la acción colectiva dependen del entendimiento mutuo, de las redes sociales compactas y las estructuras de conexión y del uso de formas de acción con resonancia cultural. Pero, en mi opinión, vienen determinadas sobre todo por el flujo y reflujo de la lucha política.

En este capítulo desarrollaré cada uno de estos factores, que serán utilizados para describir, analizar y plantear preguntas sobre la acción política colec-

tiva y los movimientos sociales en el resto del libro. No obstante, antes de hacerlo sería conveniente examinar cómo concibieron el problema de la acción colectiva las generaciones anteriores de activistas y estudiosos, y su relación con los agravios, los recursos, los marcos culturales y la política.

### *Marx, Lenin y Gramsci*

Muchos sociólogos sitúan los orígenes del análisis de los movimientos sociales en las reacciones negativas producidas ante los horrores de la Revolución Francesa y las atrocidades cometidas por la multitud<sup>1</sup>. Aunque escritores como Tarde (1989) y Le Bon (1977) parten de un punto de vista polémico para los teóricos que rechazan sus ideas, lo cierto es que su trabajo fue un retoño de la psicología de masas. En este libro, los conflictos entre las autoridades y quienes les desafían serán considerados parte normal de la sociedad y no como una aberración. Por esta razón comenzaremos con el teórico preeminente que consideró al conflicto integrado en la estructura de la sociedad: Karl Marx.

### *Marx y la lucha de clases*

A los primeros teóricos de los movimientos sociales, Marx y Engels, jamás se les habría ocurrido preguntarse por qué los individuos se suman a la acción colectiva o, más bien, habrían planteado la pregunta como un problema del desarrollo estructural de la sociedad antes que como un problema de elección individual. Pero aunque consideraron la acción colectiva arraigada en la estructura social, Marx y Engels subestimaron gravemente los recursos necesarios para llevarla adelante, sus dimensiones culturales y la importancia de la política.

Karl Marx respondió a la pregunta de cómo se incorporan los individuos a la acción colectiva en términos de clase. La gente se suma a acciones colectivas, pensaba, cuando la clase social a la que pertenece está en contradicción, plenamente desarrollada, con sus antagonistas. En el caso del proletariado occidental, esto significaba que el capitalismo le había agrupado en enormes fábricas donde había perdido la propiedad de los medios de producción, pero había desarrollado a cambio los recursos para actuar colectivamente. Entre estos recursos se encontraban la conciencia de clase y los sindicatos. Era el ritmo de la producción socializada en la fábrica lo que convertiría al proletariado en una clase *per se* y los sindicatos los que darían forma a ésta. Aunque existen formulaciones mucho más elegantes de esta tesis (y menos claras), Marx lo describía sucintamente en *El Manifiesto Comunista*:

El avance de la industria, cuyo promotor involuntario es la burguesía, sustituye el aislamiento de los trabajadores, nacido de la competencia, por su unión revolucionaria, debida a la asociación [...] El verdadero fruto de su batalla radica no en su resultado inmediato, sino en la unión cada vez mayor de los trabajadores (Tucker, 1978: 481, 483).

Marx liquidaba sumariamente un problema que ha venido preocupando a los activistas del movimiento desde entonces: por qué los miembros de un grupo que «debería» rebelarse a menudo no lo hacen. Le preocupaba la idea de que el movimiento de los trabajadores no podría tener éxito a menos que una porción significativa de sus miembros cooperara en una acción colectiva, por lo que desarrolló la teoría de la «falsa» conciencia para explicar que si un trabajador no actuaba en los términos que la «Historia» dictaba, se debía a que permanecía envuelto en un velo de ignorancia tejido por sus enemigos de clase. La teoría resultaba insatisfactoria porque nadie habría podido decir quién tenía una conciencia falsa o verdadera. Marx pensaba que el problema se resolvería cuando las contradicciones del capitalismo y la solidaridad que habría de surgir después de años de trabajar junto a otros obreros abrieran los ojos de los trabajadores a sus intereses reales.

Hoy sabemos que, al ir desarrollándose, el capitalismo produjo divisiones entre los trabajadores y los mecanismos institucionales que los integraron en la democracia capitalista. A través del nacionalismo y el proteccionismo, los trabajadores incluso se aliaban a menudo con los capitalistas, lo que sugiere que hace falta algo más que la lucha de clases para generar una acción colectiva en su beneficio. Era necesario crear una forma de conciencia capaz de trascender la limitada conciencia sindical de los trabajadores y transformarla en una acción colectiva revolucionaria. ¿Pero quién crearía esta conciencia? Desprovisto de un concepto claro del liderazgo y de la cultura de la clase obrera, Marx dejó sin especificar las condiciones políticas que suministrarían las oportunidades para la movilización revolucionaria (1963b: 175).

### *Lenin y la movilización de los recursos*

El primero de estos problemas, el del liderazgo, era la principal preocupación de Lenin. Tras aprender a través de la experiencia europea que, por sí mismos, los trabajadores sólo actúan en nombre de sus «intereses sindicales», Lenin propuso la solución de una élite de revolucionarios profesionales (1929: 52-63). Ocupando el lugar del proletariado de Marx, esta vanguardia actuaría como autodesignado guardián de los «verdaderos» intereses de los trabajadores. Cuando consiguió alcanzar el poder, como ocurrió en Rusia en

1917, invirtió la ecuación, poniendo los intereses del partido en lugar de los de la clase obrera (y en último término, en el estalinismo, sustituyendo los intereses del partido por los del líder). Pero en 1902 esto pertenecía a un futuro remoto; para Lenin, la solución al problema de la acción colectiva era la organización.

A posteriori, podemos apreciar que las enmiendas organizativas a la teoría de las clases de Marx introducidas por Lenin fueron una respuesta a la estructura de las oportunidades políticas de la Rusia zarista. Al superponer una vanguardia intelectual a una clase obrera relativamente primitiva, adaptaba la teoría al contexto político de un Estado represivo y de la sociedad atrasada a la que gobernaba, que, para él, retardaban la conciencia de clase e inhibían la acción colectiva<sup>2</sup>. La teoría de la vanguardia era una respuesta organizativa a una situación histórica en la que la clase obrera era incapaz de hacer por sí misma una revolución; sin embargo, fue aplicada indiscriminadamente al movimiento comunista mundial sin apenas tener en cuenta las oportunidades y las restricciones sociales y políticas. Los sucesores de Lenin se encargaron de resolver algunas de estas cuestiones.

#### *Gramsci y la hegemonía cultural*

Cuando fracasó la extensión de la Revolución Rusa de 1917 a Occidente, marxistas como Antonio Gramsci, que había asumido el leninismo, comprendieron que, al menos en las sociedades occidentales, la organización no era suficiente para llevar adelante una revolución y que era necesario desarrollar la conciencia de los propios trabajadores, razón por la cual consideraba el movimiento de los trabajadores como un intelectual colectivo, una de cuyas principales tareas era la creación de una cultura de clase.

Este cambio era sutil pero importante. Gramsci aceptaba el postulado de Lenin de que el partido revolucionario tenía que ser una vanguardia (del mismo modo que pensaba que Italia compartía buena parte de las condiciones sociales de Rusia). Pero, tras ser arrojado a las cárceles de Mussolini, añadió dos teoremas a la solución de Lenin. En primer lugar, que una tarea fundamental del partido era crear un bloque histórico de fuerzas en torno a la clase obrera (Gramsci, 1971: 168) y, en segundo lugar, que esto sólo podía ocurrir si en el seno de dicha clase se desarrollaba un cuadro de «intelectuales orgánicos» para complementar a los intelectuales «tradicionales» del partido (pp. 6-23).

Ambas innovaciones estaban basadas en una gran fe en el poder de la cultura<sup>3</sup>. La alternativa de Gramsci a la hegemonía cultural burguesa produciría el consenso entre los trabajadores, crearía la capacidad para emprender

iniciativas autónomas y tendería puentes entre ellos y hacia otras formaciones sociales. El proceso sería largo y lento, al requerir que el partido luchara dentro de las «trincheras y fortificaciones» de la sociedad burguesa, hiciera prosélitos entre los grupos no proletarios y desarrollara una política respecto a instituciones culturales como la Iglesia.

La solución de Gramsci —encarnada en el destino del Partido Comunista Italiano tras la Segunda Guerra Mundial— planteaba un nuevo dilema. Si el partido, como intelectual colectivo, abordaba un diálogo a largo plazo entre la clase trabajadora y la sociedad burguesa, ¿qué podía impedir que el poder cultural de ésta —lo que Gramsci llamaba el «sentido común de la sociedad capitalista»— dominara al partido, y no a la inversa?<sup>4</sup> A falta de una teoría de movilización política, la alternativa de Gramsci —como la de Marx y Lenin— se mostraba vaga sobre la influencia de la política. Gramsci sostenía que la batalla debía librarse en las trincheras y fortificaciones de la sociedad capitalista (1971: 229-239), pero no proporcionó indicación alguna sobre cómo debía combatirse esa batalla, ni discriminó entre países con oportunidades y restricciones importantes o débiles.

Cada uno de estos tres teóricos hacía hincapié en un elemento diferente del fundamento estructural de la acción colectiva. Marx escribió sobre las contradicciones o divisiones fundamentales de la sociedad capitalista, que generaban capacidad de movilización (lo que los estudiosos de los movimientos sociales llamarían posteriormente «teoría de los agravios»); Lenin sobre la organización necesaria para estructurar el movimiento e impedir su dispersión en pequeñas demandas corporativas (lo que sería denominado después «movilización de recursos» por algunos académicos norteamericanos); y Gramsci sobre la necesidad de construir un consenso en torno a los objetivos del partido (algo que se ha dado en llamar «creación de marcos» y de «identidad colectiva»). Pero ninguno de ellos especificó las condiciones políticas bajo las cuales se podía esperar que unos trabajadores explotados y con escasos recursos fueran a movilizarse en beneficio de sus intereses: lo que nosotros llamamos la cuestión de las oportunidades y las restricciones políticas.

#### *Sociólogos, movimientos sociales y acción colectiva*

A pesar de que raramente queda explícito, estos tres elementos de la teoría marxista guardan un fuerte paralelismo con las últimas teorías sobre la acción colectiva y los movimientos sociales. Sin llegar a compartir la fijación de Marx por el concepto de clase ni su confianza en que la historia provocará un conflicto de clases único y abrumador, los teóricos del comportamiento

colectivo de la década de los cincuenta y principios de los sesenta centraron su trabajo en las movilizaciones provocadas por los agravios. Aunque no compartieran el concepto leninista de vanguardia, los teóricos de la movilización de recursos de finales de los sesenta y principios de los setenta se concentraron en la organización y el liderazgo; y, al igual que Gramsci, los teóricos de los marcos y de la identidad colectiva de los ochenta y comienzos de los noventa investigaron los orígenes del consenso en el movimiento, sin llegar a especificar en todas las ocasiones quiénes serían los agentes encargados de crear nuevos bloques históricos. Examinemos el modo en que estas nuevas escuelas de pensamiento emergieron del seno de las ciencias histórica y social occidentales y cuál fue su contribución a nuestra comprensión de la acción política colectiva y los movimientos sociales.

#### *Teoría de los agravios y del comportamiento colectivo*

Los sociólogos no marxistas se tomaron un tiempo considerable, al igual que los marxistas, para desarrollar una teoría de los movimientos sociales conectada con la política. De hecho, durante muchos años consideraron a los movimientos fuera de las instituciones normales de la sociedad como parte de una estructura que se dio en llamar «comportamiento colectivo»<sup>5</sup>. La teoría del comportamiento colectivo postulaba que los movimientos eran poco más que la parte mejor organizada y consciente de un archipiélago de fenómenos «emergentes» que abarcaban desde los rumores y las modas pasajeras hasta el entusiasmo colectivo, los disturbios, movimientos y revoluciones.

En algunas versiones de la teoría (por ejemplo Kornhauser, 1959), se consideraba que la sociedad estaba desorientada y las movilizaciones venían producidas por la necesidad de recomponerla. Esto podría relacionarse con la teoría de la «anomia» de Durkheim, en la que los individuos, desconectados de sus papeles e identidades tradicionales, buscan nuevas identidades colectivas mediante su integración en algún movimiento (Durkheim, 1951; Hoffer, 1951). Otras versiones no presentaban ninguna visión de la ruptura, sino que centraban su análisis en la privación individual (por ejemplo Gurr, 1971). Las versiones más sofisticadas de la teoría relacionaban el comportamiento colectivo con una visión funcional de la sociedad en la que las disfunciones sociales producían diferentes formas de comportamiento colectivo, algunas de las cuales se transformaban en movimientos políticos y grupos de interés (Smelser, 1962; Turner y Killian, 1972).

Al contrario de Marx, que tenía una teoría de clase mecanicista para predecir qué colectividades se movilizarían y en qué fases del capitalismo lo

harían, los teóricos del comportamiento colectivo no tenían un sujeto social preferido. Quizás a causa de que relacionaban los movimientos con formas más espontáneas de expresión, tendían a especificar insuficientemente el proceso de movilización. Y como asumieron desde el principio que el comportamiento colectivo estaba apartado de las rutinas de la vida cotidiana, hubo pocos que concretaran su relación con la política (no obstante, véase Smelser, 1962: caps. 9 y 10). Esto podría explicar por qué tan pocas variantes de la teoría del comportamiento colectivo mantuvieron su popularidad cuando comenzó un nuevo ciclo de movimientos sociales en la década de los sesenta.

#### *Elección racional y movilización de recursos*

La década de 1960 revitalizó los movimientos sociales tanto en Europa como en Estados Unidos. La tradición del comportamiento colectivo había sido fuertemente influida por dos acontecimientos terribles del mundo real: el estalinismo y el fascismo. Pero en los sesenta, una nueva generación de estudiosos, muchos de ellos provenientes de las movilizaciones de esa década, proporcionó a los movimientos sociales una imagen nueva y más positiva. Para los antiguos activistas de los movimientos y para aquellos que los estudiaban, resultaba difícil reconciliar la vieja imagen de los «auténticos creyentes» en busca de raíces en una sociedad atomizada con los jóvenes activistas decididos de los movimientos a favor de los derechos civiles y contra la Guerra de Vietnam (Keniston, 1968).

El estudio de la acción colectiva se vio también afectado por las tendencias academicistas, que estaban convirtiendo a la economía en la principal ciencia social. Como secuela de la microeconomía, el problema de la acción colectiva llegó a resumirse no en cómo luchan las clases y gobiernan los Estados, sino en cómo es posible siquiera la acción colectiva en aras del bien común entre individuos guiados por mezquinos intereses personales.

El más influyente investigador de este interrogante fue el economista estadounidense Mancur Olson (1965). Aunque Olson reconocía la importancia de los incentivos no materiales, su teoría empezaba y terminaba en el individuo. Para Olson, el problema de la acción colectiva era agregativo: cómo implicar a la mayor proporción posible de un grupo en una actividad en aras de su bien colectivo. Sólo de este modo podía el grupo convencer a sus oponentes de su fuerza. En su libro *The Logic of Collective Action*, Olson postulaba que sólo los miembros importantes de un grupo grande tienen el suficiente interés en el bien colectivo de éste como para hacerse cargo de su

liderazgo. No es exactamente la «vanguardia» de Lenin, pero se le parece bastante.

La única excepción a esta norma se da en grupos muy pequeños en los que el bien individual y el colectivo están íntimamente asociados (Olson, 1965: 43-46)<sup>6</sup>. Cuanto más grande sea el grupo, tantos más «gorriones» preferirán aprovecharse de los esfuerzos de los individuos cuyo interés en el bien común está lo suficientemente arraigado como para inducirles a luchar por él<sup>7</sup>. Para superar este problema, los aspirantes a líderes deben imponer restricciones a sus seguidores u ofrecerles «incentivos selectivos» a fin de convencerles de que su participación merece el esfuerzo (p. 51).

El trabajo de Olson habría pasado desapercibido en el periodo anterior a la década de los sesenta, cuando se asumía que los agravios eran más que suficientes para explicar la acción colectiva. Pero en los sesenta compitió insatisfactoriamente con la teoría del comportamiento colectivo (McAdam, 1982, cap. 1) y con la creciente convicción de los estudiosos de que los agravios por sí solos no podían explicar las movilizaciones. De hecho, Olson afirmaba que las personas racionales guiadas por el interés individual bien podían *evitar* pasar a la acción cuando observaban que otros estaban deseando tomar parte en su lugar.

Olson fue centrándose en el estudio de la acción política colectiva pausadamente y de forma irregular. Irónicamente, durante una década en la que dicha acción brotaba y florecía por todas partes, él escogió centrarse en explicar por qué era tan poco frecuente (Hirschman, 1982). Incluso pareció limitar los motivos para la acción colectiva a los incentivos materiales y personales que pudiera proporcionar. Entonces ¿qué motivaba a los miles de personas que hicieron huelgas, protestaron, se rebelaron y se manifestaron en nombre de intereses ajenos durante los sesenta? En último término, aunque denominara a su teoría de «acción colectiva», Olson tenía poco que explicar aparte del nivel individual de motivación y unión. ¿Cómo se podía reconciliar su teoría con el ciclo de movimientos de la década de los sesenta?

Dos sociólogos, John McCarthy y Mayer Zald, ofrecieron una respuesta que se centraba en el aumento de recursos disponibles en las sociedades industriales avanzadas (1973, 1977). McCarthy y Zald coincidían con Olson en afirmar que el problema de la acción colectiva era real, pero ellos sostenían que el incremento en los recursos personales, la profesionalización y el apoyo financiero externo del que disponían los movimientos aportaba la solución: organizaciones profesionales del movimiento<sup>8</sup>.

Así como la anterior generación de estudiosos había centrado sus trabajos en el porqué de la acción colectiva, la teoría de McCarthy y Zald de «movilización de recursos» se concentró en los medios de los que disponían los

actores colectivos, en el cómo (Melucci, 1988). Este énfasis puesto en los medios supuso una decepción para los críticos que buscaban explicaciones estructurales a los orígenes de los movimientos, pero aportó una refrescante concreción al estudio de éstos, previamente contemplados como expresión de abstracciones ideológicas. Según McCarthy y Zald, existe una explicación para la paradoja de Olson del «gorrón», y ésta recae en la organización.

A comienzos de los ochenta, su teoría de movilización de los recursos se había convertido en el paradigma de fondo dominante de los sociólogos que estudiaban los movimientos sociales, pero, paradójicamente, para ser más frecuentemente criticado que asumido. Esto se debió a varios motivos. En primer lugar, McCarthy y Zald empleaban el lenguaje de la economía (hablaban, por ejemplo, de «empresarios» del movimiento, «industrias del movimiento», «sectores» del movimiento), lo que dejaba fríos a quienes eran producto de los movimientos de los sesenta. ¿Qué ocurre con la ideología, el compromiso, los valores, la lucha contra la injusticia?, se preguntaban los críticos. Además, las organizaciones del movimiento social de McCarthy y Zald eran a menudo difíciles de distinguir de los grupos de interés; en concreto, los académicos europeos se preguntaban cómo podría sobrevivir su teoría en el ambiente más espontáneo que reinaba en la acción colectiva europea. Finalmente, el énfasis puesto en su «solución» basada en las organizaciones profesionales del movimiento parecía ignorar los abundantes movimientos de base que estaban naciendo en la década de los sesenta y de los setenta tanto en Europa como en Estados Unidos (Evans y Boyte, 1992).

Al llegar la década de los ochenta, surgió un modelo alternativo que hacía hincapié en la participación informal y la democracia interna (Fantasia, 1988; Rosenthal y Schwartz, 1990). En medio de la desilusión general producida por el marxismo, algunos descubrieron una alternativa paradigmática nueva en la cultura que, en el ambiente apolítico de principios de los noventa, emergía como un modelo alternativo para la movilización de recursos.

#### *Las culturas de la acción colectiva*

Así como el énfasis puesto por el paradigma del comportamiento colectivo recordaba a Marx, y la movilización de recursos centrada en el liderazgo era paralela al pensamiento de Lenin, los aspectos culturales de los movimientos sociales más recientes guardan reminiscencias de Gramsci. Del mismo modo que Gramsci añadió una dimensión cultural al concepto leninista de hegemonía de clase, muchos escritores recientes han intentado trasladar el foco de la investigación sobre movimientos sociales desde los factores estructurales

hasta los «marcos» para la acción colectiva. Los primeros indicios de este paradigma proceden de la culturalización que realizó E. P. Thompson del concepto de clase (1966). Thompson no pretendía tirar por la borda este concepto, sino sólo sustituir el productivismo marxista de sus antecesores por un enfoque de la clase como autocreación. Esto le llevó lejos del terreno de las fábricas, hacia factores como las costumbres, la apropiación del grano y las mentalidades del consumidor (1971). Thompson también aportó al estudio de la acción colectiva, anteriormente obsesionado con la lucha de clases, una sensibilidad ante la reciprocidad interclasista, factor que etiquetó como la «economía moral» (1971)<sup>9</sup>.

Una segunda aportación vino del antropólogo Clifford Geertz (1973), que influyó especialmente en los estudiosos descorazonados por el giro cuantitativo que parecían estar dando sus disciplinas, y su enfoque de la «descripción espesa». Geertz propuso una distinción entre análisis e interpretación, y basó sus preferencias por el último en las perspectivas que le aportaba sobre el significado del comportamiento para aquellos que forman parte de él.

Una tercera influencia vino del campo de la psicología social: primero el concepto de marco de Erving Goffman (1974), y luego la noción de «movilización del consenso», de Bert Klanderman (1988, 1997), y la de «paquetes ideológicos» de Gamson (1988). Los estudiosos de los movimientos sociales pasaron de asumir que los agravios eran las causas de la acción colectiva a centrarse en el modo en que los movimientos absorben agravios concretos y los acomodan en «paquetes» cargados de emociones (Gamson, 1992a) o en «marcos» capaces de convencer a los participantes de que su causa es justa e importante (Snow, Rochford, Worden y Benford, 1986). En combinación parcial con estas perspectivas se encuentra la influencia del postestructuralismo francés, y en especial su concepto de «discurso», aportado por el filósofo-historiador Michel Foucault (1972, 1980).

Sin que nadie lo pretendiera, y mucho antes de la caída del marxismo-leninismo, los enfoques estructurales parecían estar dando paso a la cultura como metanarrativa en los estudios de los movimientos sociales, un giro que sería reforzado por el desafío de los «nuevos» movimientos sociales de los setenta y los ochenta, algunos de los cuales parecían haber sustituido las demandas de «espacio vital» por los antiguos programas estructurales del pasado (Habermas, 1981)<sup>10</sup>.

Gracias a este nuevo énfasis en la cultura, la reacción contra la movilización de recursos fructificó en un paradigma sustancialmente nuevo. Esto se vio reforzado por las políticas de «identidad» que se habían desarrollado a partir de los sesenta, y especialmente por los movimientos de gays, lesbianas y defensa de minorías (Gitlin, 1995); y por la nueva ola de estudios sobre

nacionalismo, en los que se difundió el constructivismo social mediante la metáfora de las comunidades «imaginadas» de Benedict Anderson (1991). Pero para los innovadores más sistemáticos, todos los movimientos construyen significados, y la construcción de significados es una función primaria de todo movimiento social (Eyerman y Jamison, 1991).

No obstante, si éste fuera el caso, ¿por qué las olas de movimientos surgen en determinados periodos y no en otros? ¿Y por qué algunos manipulan más los símbolos que otros? Sin una respuesta a estas preguntas, el culturalismo podría ser una metanarrativa tan mecánica como la que los oponentes del estructuralismo pretendían desplazar. La respuesta que los politólogos y los sociólogos más interesados en la política proponen para solucionar el interrogante radica en las variaciones en la estructura política y los trabajos sobre el proceso político.

### *Las condiciones de la lucha política*

Fieles a las tradiciones y guiados por el aumento de la acción política colectiva en aquel país a partir de la década de los sesenta, los estudiosos estadounidenses fueron los primeros en desarrollar un enfoque más político de los movimientos, centrado en las diferentes versiones del concepto que se denominaría «estructura de la oportunidad política»<sup>11</sup>. Charles Tilly puso la primera piedra de esta tradición en su trabajo clásico de 1978 *From Mobilization to Revolution*<sup>12</sup>. En dicho libro, Tilly planteó un «modelo de gobierno» para el análisis de la acción colectiva a partir del cual elaboró una serie de condiciones que posibilitaban la movilización, entre las que se encontraban principalmente la oportunidad/amenaza de quienes planteaban el desafío y la permisividad/represión de las autoridades (1978: caps. 3, 4, 6). Ambas dimensiones relacionaban la acción colectiva con el Estado.

Tilly afirmaba que el desarrollo de los movimientos sociales nacionales era concomitante y mutuamente interdependiente del aumento de los Estados nacionales consolidados (1984b), por lo que no podían ser estudiados más que en conexión con la política, y su estrategia, su estructura y su éxito variarían en función de los diferentes tipos de Estado. Esta perspectiva estaba siendo explorada por estudiosos de la revolución social, como Theda Skocpol (1979), y fue rápidamente aprovechada por los comparativistas de la ciencia política (Kitschelt, 1986; Kriesi, Koopmans, Duyvendak y Giugni, 1995; Tarrow, 1989a, 1989b).

Al estar basado en el pensamiento social europeo, el modelo de Tilly era resueltamente estructural (es decir, se centraba en aquellas condiciones que

los actores no pueden adaptar a sus propósitos). Los modelos americanistas eran más sensibles a los trabajos en el proceso político. Los politólogos Michael Lipsky (1968) y Peter Eisinger (1973) se centraron en la política urbana estadounidense: el primero relacionando los movimientos urbanos de los sesenta con el uso de los actos de protesta como recurso político, y el segundo ligando estos actos con diferentes medidas de oportunidades locales. De modo similar, Frances Fox Piven y Richard Cloward examinaron las relaciones históricas entre las políticas de bienestar y las protestas sociales (1993). Sin embargo, fue un sociólogo, Doug McAdam, quien sintetizó estos enfoques en un «modelo del proceso político» de los movimientos sociales plenamente desarrollado, relacionando la evolución del movimiento de los derechos civiles estadounidense con el cambio político, organizativo y de conciencia (1982).

Aunque los binomios oportunidad/amenaza y permisividad/represión formaban parte de la síntesis de Tilly, a lo largo de la década de los ochenta los teóricos de los procesos políticos se inclinaron por limitar sus estudios a las oportunidades. Algunos —siguiendo las huellas de Eisinger— analizaron el modo en que las diferentes estructuras políticas permiten grados mayores o menores de oportunidad a los grupos rebeldes (Amenta, Caruthers y Zylan, 1992; Kitschelt, 1986); hubo quienes observaron la forma en que determinados movimientos aprovechan las oportunidades que ofrecen las instituciones (Costain, 1992); otros se fijaron en la forma en que cambian las oportunidades para un movimiento particular a lo largo del tiempo (Jenkins y Perrow, 1977); y existieron también quienes estudiaron ciclos completos de protesta para comprender cómo el desencadenamiento de una ola de movilizaciones afecta a sus sucesoras (McAdam, 1995; Tarrow, 1989a). Hanspeter Kriesi y sus colaboradores, en una síntesis comparativa fundamental, utilizaron el concepto de oportunidad política para analizar los nuevos movimientos sociales en cuatro países de la Europa Occidental (1995).

A medida que progresaban todos estos trabajos, fueron apareciendo a su vez ciertas lagunas y ambigüedades<sup>13</sup>. Por ejemplo, raramente se aplicaron sistemáticamente los modelos del proceso político fuera de las democracias liberales de Occidente (no obstante, véanse Boudreau, 1996; Brockett, 1991, 1995; Schneider, 1995). Otra cuestión, si la amenaza tiene un impacto positivo o negativo sobre la formación del movimiento, sólo comenzó a recibir atención en los noventa, gracias a una serie de trabajos sobre comportamiento policial promovidos por Donatella della Porta (1995, 1996; della Porta, Fillicule y Reiter, 1998). Además, mientras que algunos estudiosos (McAdam, 1996; Tarrow, 1996b) trabajaban a partir de una lista limitada de dimensiones de oportunidad, a medida que surgían más aspectos de los

vínculos entre la política y la creación de movimientos, el concepto tendió a extenderse (véase la crítica de Gamson y Meyer, 1996)<sup>14</sup>.

No obstante, el enfoque centrado en el binomio proceso político/oportunidades proporcionó una respuesta a la pregunta que arrastraban anteriores enfoques: ¿por qué la acción política colectiva sólo parece desarrollarse en determinados periodos de la historia, y por qué a veces produce movimientos sociales sólidos y otras degenera en sectarismo o represión? ¿Por qué los movimientos adoptan diferentes formas en diferentes entornos políticos? Además, como no pretende explicar cada uno de los aspectos de la acción colectiva o de los movimientos sociales, puede servir para generar una síntesis con las perspectivas procedentes de otras ramas de la teoría de los movimientos sociales, tal y como propongo a continuación.

#### *Hacia una síntesis*

El planteamiento principal de este estudio es que la gente participa en acciones colectivas como respuesta a un cambio en la pauta de las oportunidades y restricciones políticas y, mediante el uso estratégico de la acción colectiva, genera nuevas oportunidades, que serán aprovechadas por otros en ciclos de protesta cada vez mayores. Cuando su lucha gira en torno a divisiones profundas en el seno de la sociedad, cuando unen a la gente alrededor de símbolos de la herencia cultural y cuando son capaces de levantar o construir redes sociales compactas y estructuras de conexión, en estos casos, en concreto en los movimientos sociales, la acción colectiva produce una interacción con sus oponentes.

#### *Oportunidades y restricciones políticas*

Al hablar de oportunidades políticas, me refiero a dimensiones consistentes —aunque no necesariamente formales, permanentes o nacionales— del entorno político que fomentan la acción colectiva entre la gente. Cuando digo restricciones políticas me refiero a aquellos factores que desincentivan dicha acción (como la represión, pero también la capacidad de las autoridades de presentarse como un bloque sólido frente a los rebeldes). No existe ninguna fórmula sencilla que nos permita saber cuándo surgirá la acción política colectiva, debido a las variaciones que presenta en las diferentes circunstancias históricas y políticas y a que diversos factores pueden provocar consecuencias opuestas. Como resultado, el término «estructura de oportu-



nidades políticas» no debería entenderse como un modelo fijo que produce inevitablemente movimientos sociales, sino como una serie de claves para prever cuándo surgirá la acción colectiva, poniendo en marcha una cadena causal que pueda finalmente conducir a una relación mantenida con las autoridades y, por tanto, a los movimientos sociales.

El concepto de oportunidad política pone el énfasis en los recursos *exte- riores* al grupo que pueden ser explotados incluso por luchadores débiles o desorganizados —al contrario que el dinero o el poder— pero que de ningún modo les «pertenecen». En el capítulo 5 defiende que los movimientos sociales se forman cuando los ciudadanos corrientes, a veces animados por líderes, responden a cambios en las oportunidades que reducen los costes de la acción colectiva, descubren aliados potenciales, muestran en qué son vulnerables las elites y las autoridades, y ponen en marcha la acción de redes sociales e identidades colectivas sobre temas comunes.

Como Hanspeter Kriesi y sus colaboradores (1995), sostengo en el capítulo 5 que tanto las estructuras del Estado como las divisiones políticas ofrecen oportunidades relativamente estables, cuyos ejemplos más obvios son las formas de acceso a las instituciones y la capacidad de represión. Sin embargo, son las oportunidades y restricciones *cambiantes* dentro del Estado las que proporcionan los huecos que permiten a los actores pobres en recursos participar en la acción política colectiva. Que dicha acción llegue a madurar hasta convertirse en movimiento social depende del modo en que las personas actúen colectivamente, de cómo se organice el consenso alrededor de las reivindicaciones comunes y de la fuerza y localización de las estructuras que se movi- licen.

#### *Repertorio de la acción colectiva*

La gente no se limita a «actuar colectivamente», sino que hace peticiones, asambleas, huelgas, marchas, ocupa locales, interrumpe el tráfico, enciende hogueras y ataca a otros con la intención de causar daño físico. Lo mismo que sucede con los ritos religiosos o las celebraciones cívicas, la acción política colectiva no se origina en las cabezas de sus organizadores, sino que se inscribe culturalmente y se comunica socialmente. Las convenciones aprendidas de la acción colectiva forman parte de la cultura pública de una sociedad<sup>15</sup>. Los movimientos sociales son depositarios del conocimiento de secuencias específicas de la historia de una sociedad, lo que les ayuda a superar el déficit en recursos y comunicaciones que caracteriza a los pobres y desorganizados (Kertzer, 1988: 104-108).

Debido a que los movimientos rara vez tienen incentivos o restricciones selectivas sobre sus seguidores ni se encuentran ligados por rutinas institucionales, el liderazgo tiene una función creativa a la hora de seleccionar las formas de la acción colectiva. Los líderes inventan, adaptan y combinan distintas formas de acción colectiva para estimular el apoyo de gente que, en caso contrario, podría quedarse en casa. Albert Hirschman tenía algo como esto en mente cuando se quejaba de que Olson consideraba la acción colectiva *exclusivamente* como un coste, cuando para muchos es un beneficio (1982: 82-91). Para la gente cuya vida está hundida en el trabajo agotador y la desesperación, la oferta de una campaña de acción colectiva excitante, arriesgada y potencialmente beneficiosa puede ser un aliciente.

Las formas de acción colectiva son heredadas o infrecuentes, habituales o poco familiares, aisladas o parte de campañas concertadas. Pueden estar vinculadas a temas que o bien están inscritos en la cultura o se inventan sobre la marcha, o —más comúnmente— fusionan elementos convencionales con nuevos marcos de significado. Según el politólogo Michael Lipsky (1968), la protesta es un recurso, y las formas de acción colectiva que escogen los movimientos un incentivo para la movilización y un desafío para sus oponentes.

Cada grupo tiene una historia —y una memoria— propia de la acción colectiva. Los trabajadores saben cómo hacer huelga porque generaciones de trabajadores la han hecho antes que ellos; los parisenses construyen barricadas porque las barricadas están inscritas en la historia de las revueltas de esta ciudad; los campesinos se apropian de la tierra enarbolando los símbolos que sus padres y abuelos usaron antes que ellos. Los estudiosos de la política Stuart Hill y Donald Rothchild lo plantean como sigue:

Sobre la base de pasados periodos de conflicto con un grupo o grupos determinados o con el gobierno, los individuos construyen un prototipo de protesta o motín que describe lo que hay que hacer en circunstancias concretas, además de explicar la lógica de la acción en cuestión (1992: 192).

Retomaré estas cuestiones en el capítulo 6.

#### *La movilización por consenso y las identidades*

La coordinación de la acción colectiva depende de la confianza y cooperación que se generan entre los participantes merced a los presupuestos e identidades compartidos o, por emplear una categoría más amplia, de los *marcos* de acción colectiva que justifican, dignifican y animan la acción colectiva. La ideología, como escribió David Apter en su ya clásico ensayo *Ideology and*

*Discontent*, dignifica el descontento, identifica un blanco para los agravios y forma un paraguas sobre las reivindicaciones concretas de grupos solapados entre sí (1964: cap. 1).

Pero definir aquello que motiva a la gente a actuar como «ideología» supone utilizar un término excesivamente escueto. En los últimos años, los estudiosos de los movimientos han empezado a emplear términos técnicos como «marcos cognitivos», «bagajes ideológicos» y «discursos culturales» para describir los significados compartidos que impulsan a las personas a la acción colectiva<sup>16</sup>. Cualquiera que sea la terminología empleada, en vez de considerar la ideología, bien como una categoría intelectual superpuesta o como resultado automático de los agravios padecidos, estos investigadores están de acuerdo en considerar que los movimientos dan a las demandas sociales la forma de reivindicaciones más amplias en un proceso deliberado de «enmarcado» (Snow y Benford, 1988) y estimulan alrededor de ellos lo que William Gamson denomina la «cognición caliente» (1992a).

La creación de marcos no sólo hace referencia a la generalización de los agravios, sino que define al «nosotros» y al «ellos» dentro de la estructura de conflicto de un movimiento. Al utilizar las identidades colectivas heredadas y dar forma a otras nuevas, los protagonistas del desafío establecen los límites de sus futuras circunscripciones y definen a sus enemigos adjudicándoles atributos y maldades reales o imaginadas (Hardin, 1995: cap. 4). Todo ello se realiza tanto a través del contenido de sus mensajes ideológicos como mediante las imágenes que proyectan de sus enemigos y de sus aliados. Esto significa prestar atención al «vestuario» de los actores colectivos cuando aparecen en público tanto como al marco ideológico de sus reivindicaciones. Intentaremos analizarlo en el capítulo 7.

Pero mientras que los organizadores del movimiento se dedican activamente a crear este tipo de marco, no todo el proceso de enmarcado se produce bajo sus auspicios. Además de apoyarse en sobrentendidos culturales heredados, deben competir con el enmarcado que se produce continuamente a través de los medios, que transmiten mensajes que los movimientos han de intentar controlar e influenciar. Como descubrió el sociólogo Todd Gitlin, gran parte de la información que contribuyó al desarrollo de la Nueva Izquierda Norteamericana en la década de los sesenta se transmitió a través de los medios de comunicación y ocupó el lugar de lo que, en periodos anteriores de la historia, habrían tenido que ser esfuerzos organizativos (1980).

Los Estados se dedican continuamente a enmarcar cuestiones, tanto para ganar apoyo hacia sus programas como para rebatir las consignas que los movimientos sitúan en la esfera pública. La lucha por los mensajes en la que los movimientos participan continuamente les sitúa generalmente en des-

ventaja con los Estados, que no sólo controlan los medios de represión sino que tienen a su disposición importantes instrumentos para la creación de mensajes. La lucha entre los Estados y los movimientos no sólo tiene lugar en las calles, sino a través de las propias consignas (Melucci, 1996; Rochon, 1998).

### *Las estructuras de movilización*

Aunque quienes deciden participar o no en una acción colectiva son los individuos, ésta casi siempre es activada y mantenida por sus grupos de contacto directo, sus redes sociales y sus instituciones. Así lo han revelado investigaciones realizadas recientemente, tanto en el laboratorio<sup>17</sup> como en el mundo real de las movilizaciones.

Los primeros intentos de estudiar el comportamiento colectivo tendían a considerar que los principales actores de la acción colectiva eran individuos aislados y desposeídos. Pero a comienzos de la década de 1980 los estudiosos empezaron a descubrir que los procesos grupales transforman el potencial para la acción colectiva en participación en el movimiento (Hardin, 1995: cap. 2). Por ejemplo, el trabajo del sociólogo Doug McAdam sobre la campaña Freedom Summer (Verano de la Libertad) demostró que, mucho más que su entorno social o sus ideologías, las redes sociales en las que estaban inmersos los que solicitaban participar desempeñaban un papel clave a la hora de determinar quién participaría en la campaña y quién no (1986, 1988)<sup>18</sup>.

Las instituciones son entornos «huésped» particularmente adecuados para que germinen los movimientos. Esto era especialmente cierto en las sociedades de grandes terratenientes, como la Francia prerrevolucionaria, en la que los *parlements* provinciales suministraban un espacio institucional donde podían airearse ideas liberales (Egret, 1977). También es cierto hoy en día. En Estados Unidos, el sociólogo Aldon Morris mostró que los orígenes del movimiento por los derechos civiles estaban vinculados al papel de las iglesias negras (1984). Asimismo la politóloga Mary Katzenstein averiguó que las estructuras internas del mundo católico fueron cómplices involuntarias en la formación de redes de religiosas disidentes (1998; véanse también Levine, 1990; Tarrow, 1988).

El papel de las redes e instituciones sociales como estímulo de la participación en los movimientos pone en tela de juicio la pesimista conclusión de Olson de que la acción colectiva en pos de bienes comunes nunca será respaldada por grandes grupos. Cuando examinamos la morfología de los movimientos queda claro que sólo son «grandes» en un sentido meramente nomi-

nal. En realidad, se parecen mucho más a una especie de maraña entrelazada de pequeños grupos, redes sociales y conexiones entre todos ellos<sup>19</sup>. La acción colectiva puede surgir sólo entre los mejor dotados o más valerosos de estos grupos, pero las conexiones entre ellos afectan a la probabilidad de que la acción de un actor social incite otra. Esto otorga un especial significado a lo que denomino «estructuras de conexión» en el capítulo 8<sup>20</sup>.

Para resumir lo que desarrollaremos en capítulos posteriores: la acción colectiva se produce cuando se amplían las oportunidades políticas, cuando demuestra su capacidad para crear alianzas y cuando evidencia la vulnerabilidad de sus oponentes. La acción colectiva cristaliza en movimiento social cuando aprovecha las redes sociales y las estructuras de conexión para crear marcos de acción colectiva e identidades simpatizantes capaces de mantener la confrontación con oponentes poderosos. Mediante la organización de formas familiares de acción colectiva, los movimientos se convierten en puntos focales para transformar las oportunidades externas en recursos. El repertorio de acción colectiva, las redes sociales y los marcos culturales reducen los costes de agrupamiento para la acción colectiva, generan la convicción de que los participantes no se encuentran solos y otorgan un mayor significado a sus reivindicaciones. El conjunto de estos factores pone en marcha los procesos dinámicos que han situado históricamente a los movimientos sociales en el centro del cambio político y social.

### *La dinámica del movimiento*

El poder de desencadenar secuencias de acción colectiva no es lo mismo que el poder de controlarlas o mantenerlas. Esta cuestión tiene tanto una dimensión interna como una externa. Internamente, buena parte del poder de los movimientos deriva del hecho de que activan a gente sobre la que no tienen el menor control. Este poder es una virtud; porque permite a los movimientos convocar acciones colectivas sin contar con los recursos que serían necesarios para integrar una base de apoyo. Pero la autonomía de sus seguidores dispersa también el poder del movimiento, estimula el sectarismo y lo hace vulnerable a las deserciones, la competencia y la represión.

Exteriormente, los movimientos se ven afectados por el hecho de que las mismas oportunidades políticas que los han creado y difunden su influencia producen también nuevas oportunidades, ya sean complementarias, competidoras u hostiles. Estas oportunidades, en especial si la acción colectiva tiene éxito, producen *ciclos* más amplios de movimiento que se extienden de los activistas a los grupos de interés y a los ciudadanos corrientes e, inevitable-

mente, hacen participar al Estado. Como resultado de esta dinámica de difusión y creación de los movimientos, éstos triunfan o fracasan debido a fuerzas que están más allá de su control. Esto nos lleva al concepto de ciclo de protesta.

### *Los ciclos de protesta*

Al ir ampliándose las oportunidades e irse difundiendo la información acerca de la susceptibilidad a los desafíos de un sistema político, no sólo los activistas, sino también la gente de a pie, ponen a prueba los límites del control social. Los choques entre los primeros luchadores y las autoridades ponen al descubierto las debilidades de éstas y las fortalezas de aquéllos, permitiendo que incluso actores sociales timoratos se alineen a un lado u otro. En una situación de ampliación general de las oportunidades políticas, la información se vierte en cascada hacia el exterior y el aprendizaje político se acelera. Como escriben Hill y Rothchild:

Al estallar protestas y motines entre grupos que tienen una larga historia de enfrentamientos, estimulan a otros ciudadanos que se hallan en circunstancias similares a reflexionar más a menudo sobre sus propios motivos de descontento y movilizaciones (1992: 193).

Durante estos periodos, las oportunidades creadas por los más «adelantados» ofrecen incentivos para la formación de nuevos movimientos. Hasta los grupos convencionales de intereses se sienten tentados por la acción colectiva no convencional. Se constituyen alianzas, que a menudo traspasan las fronteras que separan a quienes plantean el desafío y a los miembros del sistema político (Tilly, 1978: cap. 2). Se experimentan y difunden formas nuevas de acción. Se extiende la información política y la incertidumbre, y aparece un «sector de movimiento social» en el que compiten y cooperan las organizaciones (Garner y Zald, 1985).

En los ciclos de protesta, el proceso de difusión no es meramente un proceso de «contagio», aunque existe una relevante proporción de éste. También se produce cuando hay grupos que logran avances que invitan a otros a buscar resultados similares: las exigencias planteadas por grupos insurgentes se satisfacen a costa de un tercer grupo, y cuando el predominio de una organización o institución se ve amenazada y responde adoptando una acción colectiva conflictiva.

Al irse ampliando el ciclo, los movimientos crean también oportunidades para las elites y los grupos de oposición. Se forman alianzas entre los partici-

pantes y los desafectos, y las elites de la oposición plantean exigencias de cambio que habrían parecido descabelladas poco tiempo atrás. Las fuerzas gubernamentales responden, bien con reformas, con la represión o con una combinación de ambas. La lógica cada vez más amplia de la acción colectiva conduce a resultados en la esfera de la política, en la que los movimientos que iniciaron el ciclo pueden acabar teniendo cada vez menor influencia.

En el extremo del espectro, los ciclos de protesta dan lugar a revoluciones. Las revoluciones no son una forma única de acción colectiva, ni tampoco se componen totalmente de acciones populares colectivas. Al igual que los ciclos de movimientos con los que está relacionada, la acción colectiva en la revolución fuerza a otros grupos e instituciones a tomar parte, suministrando las bases y los marcos cognitivos para nuevos movimientos sociales, desarticulando viejas instituciones y las redes que las rodean y creando otras nuevas a partir de las formas de acción colectiva con las que los grupos de insurgentes ponen en marcha el proceso.

La diferencia entre los ciclos de movimiento y las revoluciones estriba en que, en las últimas, se crean múltiples centros de soberanía, lo que convierte el conflicto entre los insurgentes y los miembros del sistema en una lucha por el poder (Tilly, 1993). Esta diferencia —que es sustancial— ha conducido a la aparición de toda una industria de investigación de las «grandes» revoluciones, que usualmente son comparadas unas con otras. Esta especialización ha desperdiciado la posibilidad de comparar las revoluciones con conflagraciones menores, haciendo que sea imposible aislar qué factores de la dinámica de un ciclo de protesta lo llevan por el camino de la revolución y cuáles lo llevan al colapso tal y como sostengo en el capítulo 9 (véase también Goldstone, 1997).

#### *Los resultados de los movimientos*

Estos razonamientos sobre las interacciones que tienen lugar en el interior de los ciclos de protesta sugieren que no resultará particularmente fructífero examinar los resultados de un único movimiento por separado. Especialmente en los ciclos generales de acción colectiva, las elites políticas no responden a las exigencias de cualquier grupo, movimiento o individuo, sino al grado de turbulencia generado y a las demandas planteadas por elites y grupos de opinión que sólo se corresponden parcialmente con las exigencias planteadas por aquellos a quienes dicen representar. Desde el punto de vista de los resultados, lo importante es que, aunque los movimientos casi siempre se conciben a sí mismos como algo exterior y opuesto a las instituciones,

la acción colectiva los inserta en complejas redes políticas, poniéndolos así al alcance del Estado. Aunque sólo sea eso, los movimientos enuncian sus exigencias en términos de marcos de significado que resultan comprensibles para un sector más amplio de la sociedad, emplean formas de acción colectiva extraídas de un amplio repertorio y desarrollan tipos de organización que a menudo son réplicas de los de las organizaciones a las que se oponen.

Así pues, podemos empezar a estudiar la acción colectiva como enfrentamientos aislados entre actores sociales únicos y sus oponentes, pero —en especial cuando analicemos sus resultados— llegamos rápidamente a las redes más complejas y menos manejables de la política. Es a través de las oportunidades políticas explotadas y creadas por los rebeldes, los movimientos, sus aliados y sus enemigos como comienzan los grandes ciclos de protesta. Éstos, a su vez, crean oportunidades para las elites y contraelites, y la acción que ha comenzado en las calles se resuelve en los centros de gobierno o por la intervención de las bayonetas del ejército. Los movimientos, y especialmente las oleadas de movimientos, que son los principales catalizadores del cambio social, forman parte de las luchas nacionales por el poder. Comencemos por el modo en que esa lucha produjo los primeros movimientos sociales nacionales en la historia moderna de Occidente.

